

Madrid no vale una misa

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.<sup>a</sup> Edición.

© Nicolás J. Valero, 2006.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301  
[www.maghenta.com](http://www.maghenta.com)

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal Z-057/07  
I.S.B.N.: 84-935490-0-2

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

# Madrid no vale una misa

NICOLÁS J. VALERO

**maghenta**  
EDITORIAL

*A Carmen, mi esposa.  
Sencillamente, lo merece.  
Mis hijos también.*

*Michael Davidson, tu amistad  
me ayudó a terminar la obra.*

### **Advertencia al lector**

En varias ocasiones del desarrollo de esta obra, el autor se ha inspirado libremente en sucesos reales o en personajes conocidos de amplio eco en producciones literarias sobre el tema.

Efectuada esta aclaración, es importante precisar que se trata de un trabajo novelado y que las situaciones descritas, así como las actuaciones de los personajes, principales o secundarios, son totalmetne imaginarias.

En cierto aspecto, este libro parece una narración de hechos históricos. El lector no debe consultarlo con rigor de autenticidad.

## **PRIMERA PARTE**

Cuando la implantación de la República se recibió en el Ministerio de la Gobernación un telegrama del alcalde de un pueblo castellano que decía: «*Declarada República. ¿Qué hacemos con el cura?*»

Al soldado Julio Santaella ya le estaban jodiendo vivo aquellos dos escarabajos peloteros.

No sabía exactamente el tiempo transcurrido. Posiblemente, más de media hora que se encontraba sentado en el fondo de una de las trincheras, excavada en la Casa de Campo madrileña. Su uniforme estaba cubierto de tierra arenosa, que resbalaba por sus hombros al apoyarlos sobre las paredes de la zanja. Aquella no medía más de un metro sesenta centímetros de ancho, por uno setenta de alto. Los desplazamientos en su interior se hacían con el cuerpo encorvado para evitar que un balazo, procedente de las filas contrarias, reventara la cabeza del imprudente.

Transcurría el mes de agosto de 1937 y Santaella, absorto, contemplaba la lucha inútil de los dos insectos por transportar unas cápsulas vacías de la ametralladora.

Era como un juego.

Cada uno de los escarabajos hacía rodar, utilizando sus negras patas delanteras, un cartucho hacia destino desconocido. Admiraba sus esfuerzos y su instinto porque, si alguna pequeña piedra se interponía en el camino, trasladaban su empuje hacia uno u otro lado de la cápsula, hasta conseguir pasar el obstáculo. Cuando niño, a Julio Santaella, le habían dicho en la escuela de su pueblo que los escarabajos peloteros eran los animales más fuertes de la creación. Se lo comentó el primer maestro que tuvo, aquel don Tomás Vaquero, que en paz descansa. Era especialista en romper varas de fresno sobre las nalgas de los alumnos revoltosos, a los cuales hacía doblar el torso sobre sus rodillas:

—Te voy a demostrar que tranquilidad viene de tranca —decía al mismo tiempo que descargaba los golpes.

Pero... ¿de dónde sacarían alimento los escarabajos peloteros, entre aquel polvo reseco de la Casa de Campo madrileña?

Treinta minutos llevaban, por lo menos, en el estúpido menester de arrastrar las vainas de la *Hotchiss* y a veces, perdiendo el equilibrio, volcaban sus cuerpos panza arriba, agitando furiosamente las patas al aire hasta que conseguían volver a la posición normal. Tozudos e incansables.

Hacia su derecha, escuchó el sonido de unos rápidos pasos. Era el teniente Aguilar, quien corría agachado a lo largo del parapeto, gritando órdenes.

—Esto ya huele a suficiente mierda para que vosotros aún lo empeoréis con desperdicios... ¡Recoged las latas vacías y tiradlas fuera de las trincheras!

Al pasar a su lado, Julio cubrió, con su mano izquierda, los dos escarabajos para impedir que fueran pisados por las botas del oficial. No pudo evitar que aquél tropezara con el brazo del soldado. Perdió el equilibrio. Para mantenerlo tuvo que poner una mano sobre la tierra arenosa, raspando su piel.

—¿Qué haces, gilipollas?



Julio se puso en pie de un salto, cuadrándose militarmente, al mismo tiempo que ajustaba su gorro en la cabeza.

—Lo siento, mi teniente. Ha sido...

Avergonzado del polvo que cubría el uniforme, dobló ligeramente su cuerpo para sacudirse la pechera y esto le salvó la vida. Un disparo retumbó en el horizonte y el gorro salió volando, estrellándose contra el muro opuesto de la trinchera.

La huesuda cara del teniente era cetrina, adornada por un fino bigotito negro. Segundos antes, roja de ira por el incidente, cambió de color al blanco, mientras sus labios temblaban imperceptiblemente. Julio, despavorido, había caído de rodillas y mirando entre las mismas, pudo ver a los dos escarabajos peloteros que seguían incansables con su tarea.

—Le quería decir...

—¡Muévete y limpia este escondrijo!

Sin esperar respuesta, el oficial se perdió a lo largo de la franja excavada entre los pinos. Lo último que vio Julio fue su culo, en cuya parte derecha brillaba una redonda mancha de aceite. Segundos después, volviendo a su postura anterior, alargó la mano para recoger el gorro retorcido y agujereado.

En las latas de sardinas no quedaba una gota de alimento. La lengua hambrienta de la tropa había actuado como piedra de esmeril y, visto lo visto, suponía un suicidio asomar el pelo unos centímetros más arriba de los sacos terreros.

Al soldado Julio Santaella le crujieron las tripas. Siguiendo un extraño impulso se puso en cuclillas y con el dedo índice empujó a los dos insectos metiéndolos en el interior de uno de los cartuchos vacío. Lo levantó lentamente con el agujero mirando al cielo. Luego, con el pulgar, taponó con rabia la entrada de aire cortando la respiración a los negros coriáceos. Se los imaginó revolcándose, agonizantes, por falta de oxígeno. Aquí, en el asalto a Madrid, si había que morir... moriríamos todos. ¡Ya le estaban jodiendo vivo aquellos dos escarabajos peloteros!

¡Qué estupidez estaba pensando! Arrepentido, levantó el dedo que cerraba la cápsula, mirando la roja señal que sus bordes habían hecho en la carne. La puso boca abajo. Los negros escarabajos botaron sobre el suelo revolcándose con torpeza.

En su rostro, curtido por la intemperie, chispearon sus ojos claros en alerta de un nuevo suceso. ¿Era música lo que se oía? ¡Ah... sí! Los altavoces de los rojos lanzaban al aire las notas musicales de aquella canción llamada *La cucaracha*... ¡Qué oportunos! ¡Vaya forma de hacer la guerra! El sonido llegaba a sus oídos estridente, metálico. Durante unos instantes movió los labios acompañando la letra de la melodía:

—La cucara-cha... la cucara-cha... ya no puede caminar...

A este lado del frente, los jefes habían prohibido entonar dicha canción porque la consideraban un himno revolucionario.

Fue entonces cuando empezó la ofensiva como el venir de una tormenta tropical que se desata de pronto, esparciendo esquirlas de metralla y rocas sobre los cuerpos humanos.

El ruido era ensordecedor y las maldiciones se confundían con el estampido de los morteros. Los soldados levantaban sus fusiles por encima de las barricadas, oprimiendo el gatillo, sin tan siquiera asomar la cabeza. Los republicanos atacaban con brío, intentando recuperar las posiciones que perdieron la última madrugada. Varios cañones rugieron al mismo tiempo,

destrozando con sus proyectiles las defensas, colocadas por encima de la cabeza de Julio Santaella. Éste giró sobre sí mismo varios metros, escupiendo la arena que había inundado su boca. Ahora ni tan siquiera notaba el calor. Al contrario. Un sudor frío le empapaba. Sintió a su lado un golpe sordo. Se trataba del cabo Merino quien, empuñando su fusil, disparaba con temeridad, asomando casi medio cuerpo fuera de la fosa.

—¡Os vais a enterar, hijos de puta! —le oía mascullar, cargando la recámara con inusitada rapidez.

El temor de morir agachado inundó el alma de Julio Santaella. Se levantó como pudo y acodándose al lado del cabo empezó a disparar apuntando al horizonte. Entre el humo y el polvo vio retorcerse una figura humana que se desplomó, a pocos metros de donde se encontraba, emitiendo un macabro ruido gutural. Una bala se coló por las grietas abiertas en la trinchera, incrustándose en el cuello del cabo Merino, cuyo cuerpo se enderezó, permaneciendo de pie unos instantes antes de caer al fondo del parapeto con la sangre manando por el orificio como una fuente.

Santaella se encontró acurrucado entre un cuerpo sin vida, con uniforme de cabo y las trincheras destrozadas por los cañones.

Vino el silencio con la misma velocidad que había sido roto.

«Por que le faltan... por que le faltan... las dos patitas de atrás...»

Los altavoces del enemigo seguían emitiendo impertérritos aquella canción inacabable. El uniforme del cabo parecía estar más vacío y con menos valor que los sacos destrozados que le rodeaban. Mirándolo bien, lo único aprovechable era la cantimplora que sobresalía por un bolsillo de la guerrera. Julio Santaella apoyó el fusil sobre el cadáver. Extrajo el recipiente y lo escondió entre los pliegues de sus ropas.

El teniente Aguilar estaba recorriendo las trincheras contando las bajas.

—¿Cuántas muertos ha habido en la patrulla del cabo Merino, soldado? Además de él, claro.

—He contado cinco, mi teniente.

—De acuerdo. A propósito, te has portado bien. He visto como partías a uno el estómago de un balazo.

—Sí, de un balazo, mi teniente.

—¡Además arriesgando el tipo!

—Sí, mi teniente... además arriesgando el tipo.

—Lo siento por el cabo Merino —dijo, mirando el cadáver sin un asomo de compasión en sus palabras—. Le llegó su hora. Busca que alguien te ayude a transportarlo hacia la fosa común y después vienes a verme. Quiero hablar contigo.

Cuando el oficial le dio la espalda, Julio observó que la gran mancha de aceite, sobre la posadera derecha, había aumentado de tamaño. Las propiedades de las grasas —pensó— a veces eran inexplicables.

El cadáver del cabo Merino fue cambiado de lugar por dos camilleros, quienes le arrastraron con prisas hacia un desmonte, aguas arriba de la trinchera.

Santaella metió su mano derecha bajo los pliegues del uniforme, a la altura del pecho, acariciando la cantimplora.

Habían transcurrido tres días desde la última ofensiva republicana. En el frente hay ahora un relativo descanso. De vez en cuando, una ráfaga de ametralladora corta el aire, pero los soldados no se inmutan. Casi resultaba agradable estar un poco de fiesta, sin hacer algo, acostumbrando la nariz a soportar el hedor de los cinco cadáveres que se encuentran alrededor del esqueleto calcinado de un carro blindado. Se están pudriendo a unos cien metros de distancia, entre los dos frentes y era imposible retirarlos del lugar porque ambas partes los mantienen bajo su fuego.

No todo va a ser malo. En España, durante las horas de las comidas no se combate. A lo sumo, se escuchaba la voz del gacetillero enemigo. Su sonido era metálico, como la música que radiaban.

—¡Escuchad, fascistas muertos de hambre! ¡Si queréis comer un plato decente, veníos aquí! ¿Os acordáis a qué sabe un cordero asado?

—¡Mentira, cabrones! —era la respuesta a voz en cuello— ¡Pasáis más hambre que nosotros!

Algunas veces, también llegaba del otro lado, el olor a carne o guiso caliente, martirizando los cinco sentidos. Lo jodido es que no se sabe, a ciencia cierta, si es verdad o mentira, lo que pregonaba aquel maldito altavoz. Si realmente los rojos tuvieran comida, Franco habría tenido grandes problemas con sus tropas.

A menudo, un pequeño avión *Mosca* sobrevuela las trincheras arrojando octavillas. En ellas invita a todo el ejército nacional para que acuda a almorzar a sus cuarteles.

«A LOS QUE SE PASEN A NUESTRAS FILAS  
SE LES PROMETE UNA SUCULENTA COMIDA  
Y CIEN PESETAS POR EL FUSIL.»

\*\*\*\*

De la charla con el teniente, Julio Santaella sacó en limpio sus galones de cabo. Tenía veintitrés años y la Guerra Civil había interrumpido sus estudios de Derecho. Con cuatro años de licenciatura aprobados, su graduación natural al entrar en el ejército, habría sido la de oficial. El levantamiento cogió a Julio en la llamada zona nacional y no tuvo otra solución que alistarse en las filas del general Franco, negándose rotundamente a ostentar cualquier rango que no fuera el de soldado raso. En el fondo, no estaba ideológicamente de acuerdo con alguno de los bandos.

Pensó en huir a París, o hacia cualquier otro lugar donde se encontrara lejos de influencias castrenses, pero carecía de los fondos necesarios para hacerlo. Sus familiares y en primer lugar el tío Martín, quien le costeaba los estudios universitarios, se negaron rotundamente, aduciendo la obligación que tenía de cumplir con su deber como español y soldado. Martín había batallado en la Guerra de Cuba y era un hombre duro, de firmes ideas. No le quedó otro remedio que ingresar en el ejército, defendiendo tajantemente su idea de escoger la graduación militar que le viniera en gana. Soldado raso.

No quiso discutir con el teniente su ascenso a cabo, porque a fin de cuentas, tal cargo seguía perteneciendo a una categoría ínfima de tropa.

Julio bajó la mirada hacia su calzado: descolorido, sucio y cuarteado, el cuero de mala calidad con el cual estaban hechas las botas. En su camino encontró una de las muchas latas vacías que sembraban el terreno y, maquinalmente, le propinó un puntapié. La lata salió despedida como una bala rebotando por el suelo y dando saltos casi simétricos. Acto seguido, se agachó para recoger una de aquellas misivas lanzadas por los *Moscas*. La leyó absorto. Rezumaba mala leche, la notita.

—¡Ehhh! —oyó una voz, no muy lejana—. ¿Eres tú Julio Santaella?

El hombre efectuaba la pregunta avanzando a paso rápido hacia la posición donde se encontraba. Sostenía en su mano derecha un sobre cerrado.

—Sí —contestó Julio lacónicamente.

—No estabas abajo en el corro cuando repartí la correspondencia... —aclaró aquél que oficiaba de cartero.

—Me distraje. Nunca recibo nada.

—¡Hoy, sí! Aquí tienes una carta que parece ser de tu familia. Lo digo por los apellidos que ponen en el remite.

Julio sujetó el sobre entre los dedos pulgar e índice, mirando distraídamente la letra escrita con su nombre y dirección. Efectivamente, era de su madre. El papel tenía las esquinas arrugadas y alguna que otra mancha indescifrable, distribuida por su superficie. Parecían de aceite.

—¿Has comido tu chorizo, últimamente? —preguntó Julio con un deje de sorna.

—¿Yo? ¡Ojalá!

—Lo digo por las manchas.

—Serán de tu casa. ¡No te jode! Porque aquí en el frente... ya me dirás.

Dándose media vuelta, emprendió su tarea de reparto. Santaella fijó su mirada en el gran zurrón de cuero que portaba en bandolera, el cual se balanceaba rítmicamente a tenor de sus grandes zancadas.

—¡Oye! —alzó la voz preguntando—. ¿En esta guerra, es buen oficio ser cartero?

La voz del otro, sonó bronca. Sin volverse.

—¡Vete al carajo!

Santaella arrimó el fusil contra la pared de una gran roca, que se encontraba en la ladera de un pequeño montículo llamado Garabitas. El cañón del arma se deslizó sobre la piedra, cayendo al suelo. Julio, agachándose, lo volvió a colocar en la posición deseada con iguales resultados. Frunciendo los labios agarró el fusil con las dos manos y apoyando la culata contra la tierra lo hizo girar varias veces hasta abrir una pequeña hendidura. Después de comprobar que el arma descansaba en la postura que él quería, hizo resbalar su espalda sobre la dura pared. Una vez asentado sobre el suelo, inició unos ligeros movimientos semejantes al ritmo de samba, hasta ubicar a su antojo las posaderas. Luego abrió el sobre de la esquela. Su madre, al escribir, juntaba las palabras y estaba claro que le preocupaba más el sentido de las frases que su corrección gramatical. Cuando Julio se encontraba en la Facultad, recibía cartas con semejante hechura y él, en sus respuestas, intentaba hacer ver las incorrecciones. No había manera. La siguiente misiva era de igual estilo y forma:

*«Querido hijo: Me alegraré que al recibo del presente te encuentres bien, como nosotros que estamos bien gracias a Dios. Bueno tu padre anda algo pachucho, pero es la edad, ya va cumplir sesenta y cinco años y está viejo el pobre.»*

Julio saltó las cuatro o cinco líneas que le hablaban de lo mucho que se acordaban de él familiares y amigos, más o menos lejanos. Su primo Julián, el cojo, el cual maldecía no poder empuñar un fusil contra los rojos por su impedimento físico. Benigno, su otro primo, que fingió volverse loco para no hacerlo...

Le empezó a picar la espalda por el sudor y sin soltar el papel se empezó a rascar, restregándose contra la piedra. Sopló un ligero viento que, en remolino, levantó unos puñados de tierra. Estos cayeron sobre la bocamanga del uniforme, ocultando el reluciente galón de cabo. Desvió los ojos hacia su brazo. No movió un músculo de su cuerpo para limpiarlo. Continuó con la lectura.

*«...a tu tío Martín le enterramos en el nicho del abuelo, ya sabes aquel que guardamos para toda la familia...»*

Le dio un vuelco el corazón. ¿Su tío Martín, muerto? ¿Había leído mal? Repasó la carta, desde el principio, sin omitir una sola sílaba del texto.

*«...vinieron a buscarle de madrugada cuatro falangistas, eran hijos del pueblo, de aquellos que hicieron de la Falange para presumir con sus pistolas al cinto y cuya mejor tarea era perseguir a las mozas y emborracharse en la taberna. Antes habíamos sido jornaleros asueldo de tu tío. Pues como te estaba diciendo...»*

Julio observó con gran sorpresa que, a partir de este renglón, su madre no cometía alguna falta en la construcción de las frases,

*Vinieron a buscarle de madrugada y le dijeron que les acompañase al cuartelillo de la Guardia Civil. Mi hermano, tu tío, aquí en el pueblo nunca se había metido con nadie y el único defecto que tenía es que era rico y poseedor de las fincas más grandes del lugar. Como sabes, la casa del tío Martín está a tres manzanas de donde vivimos tu padre y yo, y una vecina, que se despertó por el alboroto que los cuatro falangistas armaban, nos llamó asustada. Nos echamos encima lo que pudimos y bajamos corriendo a casa del tío Martín. Nos encontramos a los falangistas con las pistolas en la mano oliendo a recién salidos de la taberna. Nos dijeron que no pasaba nada y que si requerían la presencia del tío Martín en el cuartelillo era para que hiciera un reconocimiento sobre no sé que asuntos, los cuales se los explicarían a él cuando estuviera en las dependencias de la Guardia Civil. La verdad, hijo, es que nosotros estábamos muertos de miedo ante las pistolas y el olor a vino, pero tu tío parecía muy tranquilo.*

*Se lo llevaron y a la mañana siguiente, un pastor, el Jara, descubrió su cuerpo acribillado a balazos en las afueras del pueblo, en la cuesta del Morral con medio cuerpo metido en una de las cuevas que hay allí. Todos pensamos que lo querían esconder después de muerto, pero que no pudieron por lo borrachos que estaban.*

*Tú sabes que tu tío era de derechas, pero se dice que en el cuartelillo le acusaron de que, dos o tres veces al año, invitaba a cazar en sus tierras a altos políticos de la República y eso era una verdad a medias porque como tú sabes en las tierras de tu tío siempre ha habido mucha perdiz y si el dueño de una finca semejante recibe una llamada de algún funcionario del Gobierno diciendo que tal o cual ministro le gustaría cazar en esas propiedades, lo mejor es no negarse. Por cierto, los cuatro falangistas que le fusilaron habían sido ojeadores suyos y hombres de toda confianza y más de alguna vez prepararon la comida*

*para los invitados. Lo más terrible es que se ensañaron con él pegándole tiros en la cabeza y cuando le encontramos tenía toda la cara destrozada y estaba irreconocible. Nosotros supimos que era él por sus ropas, por su cédula de identidad y por el anillo que siempre llevaba puesto. En fin, no hemos podido hacer nada, excepto enterrarle. Otra cosa curiosa que ha pasado es que el matrimonio de Damián y Josefina, la antigua criada, junto a su hijo, también han desaparecido, suponemos que han huido por miedo. Por cierto hijo, entre sus cosas hemos encontrado papeles donde te nombra su único heredero.»*

Sin poder evitarlo, fluidamente, sus ojos se llenaron de lágrimas que permanecieron, como grandes gotas de lluvia, encaramadas a sus pestañas. Encogió las piernas hasta quedar sentado de mala manera sobre un guijarro que se le clavaba en la rabadilla. Dejó la carta a un lado, sobre el suelo del cerro, sin molestarse en cambiar de postura.

—¡El tío Martín, muerto!

A retazos, vertiginosamente, desfilaron por su memoria los entrañables recuerdos que había vivido junto a él...

Todas las estaciones del año eran duras en Humosa, ese pequeño pueblo de Castilla, pero el verano más. Duro de verdad. El sol no despedía rayos, sino chorros de plomo derretido que caían sobre las calles y los campos, haciendo boquear a las gallinas y buscar a los perros la sombra de los carros. Se tendían con las patas estiradas y las fauces abiertas, jadeantes. Una galera parada sin un par de perros debajo no era concebible. Los gorriones pasaban el día agitando las alas suavemente, intentando llevar un poco de aire fresco hacia su menudo cuerpo sudoroso, como dos pequeños abanicos.

Julio Santaella, de niño, solía refugiarse en el zaguán de la casa de su tío Martín. Construida con grandes muros de piedra y argamasa. Era más impenetrable al calor que la vivienda de sus padres. El vestíbulo estaba amueblado con una gran banca de madera, hecha a mano, sobre la cual habían colocado un colchón de gruesa lana. A ambos lados, dos sillas con respaldo de varillas torneadas, pintadas de rojo, completaban la decoración. No recordaba el color de la banca porque siempre solía sentarse sobre una de las dos sillas. Concretamente, en aquella que se encontraba más hacia el interior del habitáculo.

Varias veces, penetraba en el salón de la vivienda para husmear las pertenencias y secretos de los mayores. Le gustaba pararse frente a una gran librería, donde estaban colocadas numerosas novelas y grandes volúmenes. Al sacarlos del estante pesaban mucho. Algunas veces intentó leerlos sin entender ni media palabra de su contenido. Eran libros de leyes. Los devolvía, con esfuerzo, a su lugar de origen. De mayor –pensaba– se haría abogado para descifrar el sentido de las frases. Le parecían misteriosas y mágicas. Después, cogía cualquier libro que contuviera muchos dibujos e ilustraciones y regresaba al zaguán para sentarse en la silla de rojo, donde pasaba páginas y páginas, cambiando el argumento al antojo de su imaginación.

Un día, caída la tarde, el tío Martín llamó a la puerta de la casa de sus padres. Entró resoplando. Le recordaba alto, nervudo y fuerte, de tez morena, con gran mostacho entrecano. Su pelo largo y rubio, lo peinaba hacia atrás, siempre cubierto por un sombrero. A grandes zancadas, cruzó el patio y penetró en el salón sentándose en la butaca más cómoda. Nadie extrañó que no saludara al entrar en la vivienda.

—¡Felisa, Joaquín! —empezó a hablar, extendiendo su dedo índice de la mano izquierda hacia el niño—. Este muchacho promete... Como sabéis ni estoy casado, ni tengo hijos...

Las palmas de sus dos manos cayeron sobre los laterales de cuero del sillón.

—Vosotros estáis faltos de dinero y no me gustaría que le educarais en un oficio cualquiera o en las labores del campo. Tú trabajas como administrador de mis tierras, Joaquín, y espero no pienses que tu hijo heredará el empleo. Si no tenéis inconveniente, lo enviaré a casa mañana mismo. Yo me encargaré de su formación y educación escolar. Le pagaré los gastos de la carrera, aunque os adelanto que será abogado. Dormirá en mi vivienda. ¿Qué piensas, Julio?

El tío Martín se dirigía al niño, esperando su aprobación. Daba por descontado el consentimiento de los padres. Julio abrió los ojos como platos. Tenía nueve años y era un niño

fibroso, de pícaras facciones y sagaces ojos claros. Todo el mundo decía que estaba muy alto para su tiempo.

—¿Podré pasar la noche, alguna vez, con mis padres? —preguntó.

—¡Naturalmente! Siempre que quieras.

Las posibilidades que se le abrían a tan corta edad eran inauditas. Su único pensamiento era que, con dos residencias, podría huir de la férrea vigilancia paterna, integrándose más en la pandilla de amigos que tenía en el pueblo. No le sería muy difícil engañar al tío y a los progenitores diciéndoles que iba a dormir a casa distinta de donde se encontraba. Podría escapar hacia los montes con su pandilla y buscar nidos de pájaros o cualquier otra cosa que les viniera en gana.

Julio asintió con la cabeza, sonriendo. Sus mayores permanecían en silencio con un gesto entre abrumados y felices. El tío Martín se levantó del sillón, dando por terminada la conversación y desandando el camino, abrió la puerta de la calle para después plantar un beso sobre la mejilla de su hermana. El muchacho le vio caminar calle abajo con el sombrero colocado recto en la cabeza. Su casa estaba situada a tres manzanas de distancia.

\*\*\*\*

A media mañana del día siguiente, su madre le acompañó. Anduvieron sin pronunciar palabra los trescientos metros que les separaban de la vivienda del tío Martín. La puerta de entrada estaba solamente entornada y, tras empujarla, atravesaron el zaguán que comunicaba con el interior. A medio camino del corredor tropezaron con Josefina, una de las criadas. Se encontraba arrodillada, estrujando una bayeta sobre un cubo lleno de agua. Limpiaba las baldosas.

Al verles, se levantó secándose las manos con el delantal. Julio ya conocía a Josefina. Le calculaba más o menos dieciocho años y era una moza de agradables facciones, con serenos y grandes ojos negros, labios gruesos y bien dibujados, abundante pecho y recias caderas, que descansaban sobre un moldeado trasero. Sus piernas eran largas y firmes, los pies, calzados con zapatillas sin calcetines, parecían más tostados por el sol que el resto de su piel.

La muchacha esbozó una sonrisa de bienvenida. Sin mediar palabra, giró el cuerpo con intención de ir a buscar al dueño de la casa. No hizo falta. El tío Martín apareció por el fondo del pasillo llevando un libro en las manos. Se trataba de unos de esos grandes tomos, cuyo contenido deslumbraba a Julio por no entenderlos.

—Buenos días, Felisa —pronunció aquél—. Me encontraba ahí en el salón, repasando cosas de mi oficio. Sabes que no ejerzo, pero me gusta estar al tanto de lo último que sale sobre leyes. ¡Bien! Julio acércate. Ya conoces a Josefina. Ella cuidará de ti, encargándose de hacerte la cama y mantener limpio tu vestuario. También hará la comida. ¿Has traído alguna ropa suya? —preguntó a su hermana, señalando al niño con un movimiento de cabeza.

Al ver el gesto negativo de ella continuó:

—No importa. Mañana iremos de compras a la ciudad. Josefina, deja lo que estés haciendo y acompaña a mi hermana para que te dé lo que crea oportuno del muchacho.

—Hombre, Martín, no he traído algo porque como vivimos tan cerca...



—Anda, anda... ve con Josefina —repitió él—. ¡Julio ven conmigo! Te enseñaré tu habitación.

Subieron al piso de arriba. Después de atravesar largos pasillos y corredores, llegaron a un amplio dormitorio. La cama era enorme con un dosel dorado y las sábanas estaban cubiertas por una colcha afelpada de color naranja. En el lado izquierdo de la habitación, un gran aparador con tres filas de cajones abiertos sostenía un espejo ovalado sobre cuyo cristal pequeñas motas doradas producidas por los años marcaban su entorno. Al otro lado, un armario de tres puertas dejaba ver su profundo fondo.

El muchacho sintió un pequeño escalofrío al comparar la pequeñez de su figura con el tamaño de la habitación. Martín pareció darse cuenta.

—No te preocupes Julio, no vas a estar solo. Mira, yo dormiré cerca de ti porque mi habitación es aquella al otro lado del pasillo. A Josefina la trasladaremos esta noche a ese otro cuarto pegado al tuyo, que se encuentra vacío. Como ves, estarás acompañado.

La mansión era enorme. Tenía una planta de unos cinco mil metros y su fachada daba a tres calles del pueblo. La entrada principal estaba situada en la parte norte. En el lado sur, un gran portalón permitía el paso de las mulas y caballos que se utilizaban en los trabajos del campo. Al fondo, unos cincuenta pesebres acogían igual número de caballerías. Al final de los mismos, otro amplio pasillo dejaba ver infinidad de puertas que correspondían a las habitaciones de los peones.

Situado a la izquierda de la zona de labor había un gran patio, cuyos árboles amparaban bajo su sombra infinidad de gatos medio salvajes.

Llegó la hora del almuerzo. En el centro del comedor había una gran mesa rectangular sobre la cual comía, habitualmente solo, el tío Martín. Las sirvientas, en número de ocho o nueve, lo hacían en la cocina pegada al salón. Algunas de las criadas eran esposas o hijas de los trabajadores del campo, como el caso de Josefina, cuyos padres vivían en la casa desde hacía infinidad de años. Ella misma había nacido junto a la cuadra de los caballos.

Las domésticas habían colocado los platos y cubiertos del tío Martín y de Julio unos enfrente de otros, separados por los cuatro metros que medía la mesa. Al ver la cara de estupor del muchacho, el hombre sonrió y levantándose de su silla trasladó los utensilios de comida junto a él, justo al lado izquierdo. Otro problema fue la altura de la mesa, a la cual el niño apenas llegaba con la barbilla. Josefina lo solucionó colocando sobre la silla cuatro cojines que trajo del salón. En días sucesivos, Julio se sentaría en una silla de dos plantas que el tío Martín mandó hacer por el carpintero del pueblo.

El muchacho pasó la tarde jugando a las canicas con su pandilla de amigos. Había bolas de barro que los chicos fabricaban con sus propias manos en la barraca de tejas. Consegúan una perfecta redondez de las mismas haciéndolas girar bajo el hueco de sus manos. Pero las mejores eran unas de cristal, que se conseguían rompiendo el gollete de las botellas para las cuales servían de tapón. Estas eran simétricas, de diversos colores, que formaban dibujos irregulares sobre su superficie. Julio era un auténtico campeón de este juego, cuyo premio consistía en ganar las bolas de sus adversarios. De vuelta a casa, entregó a Josefina un pequeño saco de canicas para que se las guardara. Como siempre, había ganado.

Llegó la noche. Después de cenar, el tío Martín se levantó de la mesa limpiando sus labios con una servilleta. Al moverse, las patas de la silla chirriaron al rozar con las baldosas. Julio sintió una desagradable sensación de escalofrío.

—Bueno, rapaz. Es hora de irse a la cama. ¡Josefina! —llamó.

La criada apareció, rauda, proveniente de la sala contigua.

—Si has terminado de cenar compañía a mi sobrino hasta su dormitorio. Puedes acostarte tú también, si quieres. Las demás mujeres terminarán de recoger y lavar los platos.

Josefina asintió con la cabeza.

—Vamos Julito —pronunció en voz baja.

Acercándose al muchacho, puso ambas manos bajo sus axilas, ayudándole a bajar de la silla. Julio colocó un beso sobre la mejilla de su tío, quién se agachó para recibirlo esbozando una ligera sonrisa.

Cogidos de la mano, subieron los peldaños de la escalera hasta desembocar en el gran corredor.

A pesar de lo caluroso de la noche veraniega, el niño sintió un cambio de temperatura corporal al entrar en aquel lugar. Josefina acarició con una mano el pelo de su cabeza en un intento de transmitirle confianza. Una vez en el dormitorio, se dirigió hacia la cama levantando la colcha.

—La dejaré a los pies por si pasas frío, aunque no lo creo. Con este calor... Anda ven, te ayudaré a desnudarte. Siéntate aquí —dijo, palmeando un lado de la cama.

Julio obedeció dócilmente. La muchacha se arrodilló para desatarle los cordones de las zapatillas. Tiró de ellas hasta depositarlas en el suelo. A continuación, le desabrochó los botones de la camisa y pantalones.

—Vamos... ¡ayúdame a quitarte esta ropa! —pidió.

El niño giró levemente la espalda y levantó sus pequeñas posaderas para mejorar la extracción de los calzones. El cuerpo quedó desnudo sobre el lecho.

—¡Acuéstate!

Dando la vuelta sobre sí mismo, gateó hasta colocar su cabeza sobre la almohada. Ella le arrojó con la sábana.

—Ya lo sabes. Si tienes frío, no tienes más que taparte con la colcha. Aquí, encima de tu cabeza, tienes el encendedor de la luz que apagaré para que duermas pronto... ¿Me das un beso?

Una extraña sensación le recorrió el cuerpo al notar los carnosos labios de Josefina posarse en la comisura de los suyos. Al mismo tiempo, sus grandes pechos le aplastaban ligeramente sobre el colchón.

La criada abandonó la habitación, apagando la luz con otro interruptor situado cerca de la puerta de entrada.

Julio cerró los ojos intentando dormirse. Molestaba en sus oídos el silencio de la casa, que se vio roto al sonar en el pasillo las zancadas de su tío Martín. Crujió, con levedad, una puerta al abrir y cerrarse. Otra vez, el silencio.

Intentó recordar la partida de canicas, que había mantenido durante la tarde con sus amigos... pero fue en vano. No le distraía el asunto. Con un pequeño esfuerzo mental plasmó en su cerebro el mapa del pueblo. Entre la casa de su tío y la de sus padres se alzaba el edificio de la iglesia, siguiendo todo recto estaba el cementerio.

Hace un año, el cura le propuso que fuera uno de sus monaguillos, por lo cual le pagaría una peseta al mes. El aceptó, pero duró en el oficio un solo día. No daba pie con bola delante del altar. Se levantaba cuando había que arrodillarse y viceversa. No sabía donde colocar los paños de misa, ni tampoco el lugar donde le correspondía situarse durante la ceremonia. Hubo un momento en el cual el sacerdote tuvo que propinarle una ligera patada en el trasero para desplazarle de entre él y los fieles. Tampoco le divertían estos pensamientos y los abandonó.

Transcurrieron un par de horas implacablemente lentas. Empezó a recordar una historia que le habían contado. No hacía mucho tiempo, entre una cuadrilla de mozos del pueblo, se había cruzado la apuesta de que uno de ellos no tendría reparo en visitar el cementerio a las tres de la mañana; después caminaría entre las losas hasta llegar al nicho preparado para el enterramiento del carnicero, había muerto la tarde anterior; como prueba de su visita al santo lugar, debería dejar la correa de los pantalones en el interior del agujero; sus amigos le esperarían en las afueras del pueblo. El mozo forzó la puerta de entrada y una vez al borde de la excavación preparada para el ataúd, resbaló sobre la tierra amontada alrededor, cayendo al vacío. Se rompió el cuello contra el fondo de la tumba. La creencia entre la gente del pueblo es que fue empujado por las ánimas benditas.

Julio se despabiló totalmente y quedó sentado sobre la cama. Arrastró su cuerpo al borde de la misma colocando sus pies sobre el suelo. Trémulo, salió al pasillo. Sin llamar, abrió la puerta de la habitación donde se encontraba Josefina, permaneciendo bajo su dintel. La luz de la luna, a través del balcón, inundaba el lugar, recortando la figura del niño sobre el fondo oscuro de la pared.

—¿Qué te pasa, Julio?

—Tengo miedo, la casa es muy grande —respondió aquel.

—Ven acá.

La muchacha destapó con un suave gesto la sábana del colchón a su derecha. El pequeño Julio, como un autómatas, se dirigió hacia ese lado de la cama. Dobló una de las rodillas y se izó para después gatear al lado de ella. Extendió su brazo sobre los desnudos pechos de Josefina. Inmediatamente se quedó dormido.

Su última sensación fue el olor a rico pan caliente que desprendía el cuerpo de la mujer.

Abril, 1895.

A bordo del crucero *Reina Mercedes*, un joven alférez, vestido con uniforme de regulares, se encontraba acodado en la borda contemplando las costas de Cuba que se descubrían en el horizonte. A pesar de estar perfectamente visibles, había preguntado a uno de los marinos sobre cuánto tiempo faltaba para el ataque.

—¡Más a menos cuatro horas! —fue la respuesta.

Martín Niebla Ríos suspiró hondo, reteniendo lo que pudo el aire marino con sabor a costa dentro de sus pulmones.

\*\*\*\*\*

Hacía apenas dos meses que se encontraba en la Universidad de Madrid, Facultad de Derecho, sentado al lado de su inseparable colega, Antonio Barbolla.

Minutos antes de entrar en clase, el comentario general transcurría sobre los errores que el Gobierno español estaba cometiendo en las colonias. La causa principal de dichos fallos era el sostén de militares, tozudos e irresponsables, con poca visión política sobre las relaciones que habrían de mantener con los pueblos administrados.

Todo el mundo sabía el fango que estaban pisando las tropas españolas en ultramar y desde todas partes llegaban los escritos de José Martí, quien, con su prosa candente y arrolladora, sumaba a millares los seguidores revolucionarios hasta conformar un auténtico ejército.

A Martín la voz del catedrático le sonaba cada vez más lejana, hasta que dejó de oírla. Se puso de pie y levantando el brazo pidió permiso para abandonar la sala. En el tranvía, de regreso a la casa donde se hospedaba, se dio cuenta de que los libros de texto habían quedado olvidados sobre el pupitre. Se encogió de hombros.

Había decidido enrolarse en la próxima expedición que saliera para la Guerra de Cuba.

En el Ministerio del Ejército le confirmaron que, si presentaba su acreditación de estudios, sería nombrado alférez. Una vez en el destino, después de la primera acción de guerra, la lógica costumbre era el ascenso a teniente o capitán.

\*\*\*\*\*

Entrando en el puerto de La Habana, Martín vio aparecer, en primer término, los buques de la Armada española. Al fondo, algunos vapores nacionales y extranjeros. También observó con extrañeza que la bahía estaba siendo cruzada por un enjambre de ferrys, los cuales, con sus máquinas de balancín, se movían lentamente para transportar pasajeros y mercancías —lo supo más tarde— hacia Puerto Real, Guanabacoa y Matanzas. Al acercarse, observó que los muelles se desarrollaban siguiendo las inflexiones de tierra firme. A lo largo de

los mismos estaban acumuladas las mercancías de azúcar, café, ron y frutas en enormes cantidades.

Martín, junto a otros cinco oficiales más, era conducido por un ordenanza hacia el Castillo de El Príncipe. Todos ellos portaban al hombro grandes bolsas de lona y arrastraban los baúles donde guardaban sus pertrechos.

El castillo estaba situado en la Loma de Aróstegui. Se trataba de un baluarte que comprendía grandes fosos, almacenes, oficinas, aljibe y alojamientos para albergar una guarnición cercana a los mil hombres.

Después de comprobar con satisfacción que su cuarto medía unos veinticinco metros cuadrados de habitabilidad, Martín recibió la orden de presentarse a un oficial de rango superior.

—Soy el capitán Horacio Masó —empezó a hablar, sin preámbulos—, ayudante del coronel Ximénez de Sandoval quien, a su vez, es uno de los estrechos colaboradores del general Martínez Campos. Nuestro jefe presta especial atención al historial de todos sus oficiales y al enterarse que tienes, prácticamente, terminada la carrera de abogado, ha decidido que cooperes bajo mis órdenes en la nueva trayectoria política que quiere imprimir en la isla. El nuevo Capitán General cree que es posible una solución negociada y espera llegar a ella, combinando con la acción militar, una política de buena voluntad. Consideramos que, habida cuenta tu condición de letrado, algo podrás aportar al proyecto.

A Martín le agradó el rápido tuteo con que le había tratado el capitán Masó. Se trataba de un joven de mediana estatura, más o menos un metro setenta y tres centímetros, plano de vientre y con unos hombros descomunales que denotaban gran fortaleza física. Tenía unos ojos redondos y vivaces. Al contrario de la moda, en su cara no lucía barba ni mostacho.

—Bueno, alférez —continuó el capitán—, se me olvidó decir aquello de... ¡bien venido a La Habana! Ya llevo aquí un año y conozco un poco la ciudad. Si quieres, podemos dar una vuelta por ella esta noche. Las órdenes de retreta son muy estrictas en el fortín, pero a los oficiales que estamos cerca del Capitán General se nos permiten ciertas licencias —dijo sonriendo y guiñando un ojo—. Solamente una pequeña salvedad: hay que vestir de paisano e ir armados.

—Ningún problema. He venido bien pertrechado. Muchas gracias por la invitación. Acepto

Una vez en el exterior del castillo, Martín quedó inmerso en la contemplación del mundo que le rodeaba. Las calles cubanas estaban abarrotadas de gente bulliciosa y parlara. La población, alrededor de doscientas cincuenta mil personas, se encuentra muy mezclada. Gentes de todos los matices de color, desde el ancestral negro oscuro hasta el mulato pálido, conviven en la ciudad. Estos últimos son descritos de variadas formas, tales como *octerones*, *cuarterones*, *café con leche* y *pinos amarillos*. Hay en La Habana cerca de cuarenta y cinco mil chinos y ni una mujer de esa raza. Los negros y los chinos trabajan generalmente en el servicio doméstico.

En La Habana, la vida y la propiedad son protegidas por numerosos y eficientes cuerpos de policía que patrullan la ciudad y los suburbios. Tanto montados a caballo como a pie, van armados con espadas y grandes pistolas, porque los robos con violencia son bastantes frecuentes en la ciudad. Cuando los malhechores que cometen asaltos caen en manos de los guardias, éstos disparan con bastante facilidad. Es más cómodo conducirlos muertos

al cementerio que vivos a la cárcel. Un informe explicando que el prisionero intentó escaparse y que ellos se vieron obligados a disparar es suficiente para archivar el caso. Pero no todos los bandidos mueren. Los prácticos policías, cuya paga, por cierto, se encuentra siempre atrasada unos ocho meses, tienen un cupo de criminales para apresar. Son aquellos a los cuales se les encadena y atados junto a una pesada bola de hierro, barren las calles de la ciudad.

Se pregona mucho.

La gente lleva los cestos y canastas en la mano, pero habitualmente lo hacen a lomos de un mulo, sobre el cual van sentados. Los vendedores bamboleándose indolentes, vocean sus especialidades. De esta forma, toda clase de pan, pescado, frutas, pollos vivos y confec-ciones, son distribuidos entre los consumidores de la población. En muchos lugares públicos, hay chinos parados tras mesas donde han instalado unos tableros repletos de tortas y dulces. Apenas alguien les compra, pero ellos permanecen incansables e inmutables, ahuyentado las moscas con un plumero que pasan encima de la mercancía.

—¿Te gusta el baile, alférez? —preguntó Masó.

—En Madrid conocía todos los salones.

—¡Estupendo! Vamos a *El Louvre*. Verás como esta sala no tiene que envidiar a alguna de Madrid. ¡Ehhh... cochero! —mandó parar a uno de los carruajes que circulaban.

Martín estaba sorprendido por los cientos, quizás miles, de carruajes que había en La Habana. Eran todos del modelo Victoria, bien equipados con arnés español y un ligerí-simo caballo cubano que circulaba a gran velocidad. Los coches eran abordables a cual-quier hora del día o de la noche, en cualquier parte de la ciudad. Nadie pretende caminar, excepto los peones y las clases bajas del pueblo.

—Estos pícaros cocheros se afanan por obtener dos o tres veces el precio de la carrera, especialmente si se trata de extranjeros —informaba Masó—. Aquí están reglamentados, por ordenanza, los precios de los servicios de carruajes. Cuarenta centavos en papel se le cobra a una o dos personas por ir a cualquier parte, y cincuenta centavos por tres personas. Si te digo todo esto es para aumentar tu cultura sobre la isla —aclaró.

El alférez sonrió, agradeciendo la información

El local restaurante estaba construido en una sola planta y pintado de color pastel. Toda La Habana era color pastel. En la calle San Rafael, esquina con la del Prado, se encontraron frente a una gran puerta de madera, que el capitán empujó diligentemente, conocedor del terreno que pisaba. Una alargada mampara de caña obstaculizaba la visión desde la entrada hasta el interior del escenario. Caminando unos pocos pasos hacia la izquierda se salvaba el obstáculo hasta penetrar en la sala, en cuyo frente había un pequeño escenario. Tenía unos siete metros cuadrados, totalmente vacío de algún tipo de mobi-liario.

En el momento de entrar los dos militares el telón estaba totalmente corrido, abierto. Cercando la tarima por todos los lados había pequeños veladores de caoba con tapa de cristal rodeados de cuatro sillas cada uno. Estos se esparcían por el local en número indes-cifrable por su abarrotamiento. A la derecha, una enorme barra sin taburetes transcurría de extremo a extremo de la habitación. Hermosas mujeres criollas blancas se apoyaban sobre ella con la mirada clavada en la puerta de entrada.

—¡Cielo santo, qué hembras! —musitó para sí mismo Martín Niebla.

—A través de aquella puerta que ves al final del mostrador —informó el capitán— se accede a las salas de billar y juego de cartas.

Ambos se desplazaron lateralmente alrededor del salón hasta encontrar una mesa vacía pegada al mostrador y cerca del escenario. Se sentaron acomodando sus chaquetas al revólver que llevaban sujeto por el cinturón, al mismo tiempo que esparcían una mirada hacia el contorno. Militares de uniforme en número pequeño asistían a la fiesta. El local estaba más concurrido por paisanos españoles y criollos. Su vestimenta y las gruesas cadenas de oro cruzándoles el vientre demostraban una buena posición económica.

—Mira a aquel grupo del fondo —pronunció Masó en voz baja— a todos ellos les conozco. Son ricos especuladores.

—¿Especuladores? ¿Pero qué se puede especular en esta isla? —preguntó Martín.

—No seas ingenuo. ¡Ya te enterarás! —fue la escueta respuesta.

Segundos después apareció un camarero chino, quien situándose entre los dos camaradas alzó las cejas interrogando sobre la demanda deseada por sus clientes.

—¡Dos cócteles de ron! —pidió Masó— y echa sobre el licor zumo de piña. Luego diremos si nos quedamos a cenar. ¿Estás de acuerdo, Martín?

—Sí, gracias, capitán. Pero, oye... ¿Cómo vamos a pagar?

—No te preocupes, tengo pesos americanos —al ver el gesto de extrañeza en la cara del alférez, continuó—, si utilizáramos papel moneda de Cuba sería necesaria una carretilla con que transportar el dinero para pagar las consumiciones.

Sobre el escenario aparecieron dos músicos mulatos, de los llamados *café con leche*, portando cada uno de ellos una guitarra en la mano derecha y una silla en la mano izquierda. Instantes después apareció otro sin la correspondiente silla, cambiando la guitarra por una caja de madera que servía como instrumento de percusión.

Se hizo un gran silencio en el local.

Las criollas de la barra dejaron de contemplar la puerta de entrada para fijar su mirada en el escenario.

—Este grupo es muy famoso aquí en La Habana —informó el capitán en voz baja, acercando sus labios al oído de su compañero—, cantan boleros y, francamente, lo hacen muy bien.

—¿Boleros españoles? —preguntó Martín.

—¡Ni se te ocurra hablar de boleros españoles! Ellos presumen con orgullo de que este ritmo es de origen cubano. Concretamente de Santiago de Cuba, donde un tal José Sánchez compuso *Tristezas* hace unos diez años. Todo el mundo acepta que ese fue el primer bolero escrito y, por tanto, establecen su nacimiento en esa tierra.

Martín se encogió de hombros al mismo tiempo que escuchó el rasgueo de las guitarras con un rayado rítmico, muy segmentado, constante en la prima y acentuado tonalmente en la guitarra segunda. Las voces y percusión entraron segundos después, inundando la sala de ese compás cadencioso, mágico, dos por cuatro, con indudable sabor caribeño.

*Tristezas me dan tus quejas mujer  
profundo dolor que dudes de mí.  
No hay prueba de amor que deje entrever  
cuanto sufro y padezco por ti...  
La suerte es adversa conmigo  
no deja ensanchar mi pasión.  
Un beso me diste un día  
lo guardo en mí corazón.*

Al final de la canción los aplausos del público atronaron en la sala. Los músicos, sonrientes, inclinaron sus cabezas disponiéndose a seguir con el repertorio de melodías. Cuando los instrumentos musicales sonaban de nuevo, un hombre menudo de tez blanca, con el pelo engomado tirante hacia la nuca y gran bigote negro que casi cubría la pajarita anudada a su cuello, irrumpió tras las cortinas del escenario. Portaba unos papeles en la mano y mandando callar a los músicos, con gesto imperativo de su palma derecha abierta hacia ellos, alcanzó la mitad de la plataforma. Todo el mundo creyó que sería un presentador de las siguientes canciones cuando, con voz firme, fuerte y sonora, empezó a hablar:

—¡Señores! ¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra entusiasmos; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

Los clientes de la sala no acababan de entender lo que sucedía. La mayoría mantenía los ojos abiertos y corta la respiración. Horacio Masó, al contrario, entrecerró los suyos mientras su mano derecha se dirigía al cinturón, donde guardaba la pistola. El orador, arriba del escenario, seguía imperturbable:

... ¡Es el sueño mío, es el sueño de todos: las palmas son novias que esperan y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre.

Al llegar a esta frase, el capitán Masó, sacando el revólver del cinto, se puso violentamente en pie.

—¡Silencio! –gritó– ¡Es un desleal! ¡Lo que está leyendo es un discurso revolucionario de José Martí! ¡Hay que detenerle!

Las cortinas al fondo del escenario se agitaron vivamente y el alférez Martín Niebla se dio cuenta que, por ambos costados, asomaban los cañones de varios rifles apuntando hacia el capitán. Este mantenía toda su atención en reprender al orador, quien intentaba escapar por un lateral de la plataforma. Sin pensarlo dos veces, el alférez se lanzó sobre su compañero arrastrándole al suelo, al mismo tiempo que sonaban varias descargas de fusilería.



La mesa y las sillas, donde los dos hombres instantes antes se encontraban, volaron por los aires destrozadas y un par de mujeres a sus espaldas cayeron dobladas por los disparos. Los pocos militares de uniforme que había entre el público echaron mano de sus armas. Enarbolándolas intentaron repeler la agresión. También algunos paisanos iban armados e hicieron lo mismo. Más hombres, todos negros, aparecieron por distintos lugares de la sala empuñando rifles que dirigían hacia los clientes del café, apretando los gatillos indiscriminadamente.

Martín y Horacio, tumbados en el suelo cuan largos eran, se miraron mudos de asombro. De común acuerdo, apoyándose en sus codos, se dirigieron por entre mesas y cadáveres hacia la puerta de salida. El ruido de los disparos ahogaba las maldiciones y los alaridos de terror de las mujeres. Creció el desconcierto. Gracias a ello, los dos compañeros pudieron alcanzar la mampara de caña que se interponía con el exterior de la calle. Por la puerta principal, dos negros armados intentaban entrar en el recinto. Todavía desde el suelo ambos militares, apuntándoles con sus revólveres, vaciaron las balas del tambor en sus cuerpos. Uno de ellos se agarró al quicio de la puerta cubriéndolo de sangre.

Una vez fuera, corrieron a lo largo de la calle San Rafael. Su carrera se vio frenada en seco por el ruido inmenso, trágico y discordante de una enorme multitud furiosa, la cual se acercaba en sentido contrario. Los dos hombres se refugiaron tras el hueco de una amplia puerta, en la primera casa que encontraron. Amparados por la oscuridad, oyeron como la algarabía se iba acercando. Al pasar a su lado comprobaron se trataba de una banda variopinta, mayoritariamente de raza negra, aullante y excitada. Iban armados con rifles, espadas y hasta sartenes, las cuales hacían golpear entre sí, produciendo secos chirridos de lata que retumbaban en las paredes. Vociferaban. Gritaban. ¿Qué significaba aquello? —se preguntó Martín— ¿Se trataba de una revolución?

La turba dobló la calle y se encarriló por la del Prado. Segundos después llegaron a los oídos de los dos hombres ruidos de disparos y alaridos de dolor. Continuaron con su carrera y cincuenta metros más abajo se toparon con un carruaje que cruzaba la calle. Saltaron a su interior sin dudar.

—¡Hacia el Castillo El Príncipe! ¡Rápido! —ordenaron al conductor, quien volvió la cara alarmado al conocer el destino del viaje. No tuvo la menor duda. Sus dos pasajeros eran oficiales españoles. Cumplió el encargo con diligencia sin pensar en aumentar la tarifa del servicio.

Una vez en el denominado pabellón de oficiales, Masó sujetó el brazo del alférez.

—Martín... ¡nunca olvidaré que me has salvado la vida! —dijo atrayéndole fuertemente contra su pecho.

El alférez era cerca de un palmo más alto que su superior jerárquico, por lo que éste, en el abrazo, hubo de colocar las manos a su espalda por debajo de los hombros. Por un instante le faltó el aire sintiendo que sus costillas se hundían.

Un oso lo habría hecho con menos ímpetu. Sin palabras, palmeó suavemente el dorso del capitán.